

HCR
056
R454-rc

REVISTA COSTARRICENSE

PUBLICACION PARA EL HOGAR

SARA CASAL VDA. DE QUIROS, DIRECTORA
SAN JOSE, COSTA RICA, América Central



Doña Marta Koberg de Soto en su finca «La Granadilla»

Publicaremos de cuando en vez la fotografía de algunas distinguidas damas de nuestra sociedad, no las que brillan en los salones, sino las que viven apartadas del bullicio social y son lámpara encendida en el santuario del hogar, porque a nuestra manera de pensar, esas son las joyas más preciosas de nuestra sociedad.

La mujer de hogar es la salvación de un país, la que dedica todas sus energías a la educación de sus hijos y a la felicidad de los suyos.

La vida del campo es la vida más propicia para disfrutar de todas las bellezas que nos brinda la naturaleza. En la expresión de esta distinguida señora podrá verse la paz de su alma que le da la vida del campo.

SARA CASAL Vda. DE QUIROS.

¿Qué le ocurre al apéndice cuando da apendicitis?

Por el Dr. JAS W. BARTON, M. D. - Canadá

Dada la pequeñez del apéndice, órgano de sólo 2 pulgadas de largo y $\frac{1}{4}$ de pulgada de ancho, es difícil comprender que llegue a ser tan peligroso.

Después de todo, no es más que un saquito, cuya boca comunica con el intestino grueso un poco más allá del punto en que el intestino delgado se vacía en el intestino grueso. Su forro es de la misma naturaleza que el del intestino grueso; en realidad es una especie de bolsita en ese intestino.

¿Por qué, pues, es tan peligroso cuando se inflama ese saquito en forma de gusano?

Según nos lo describe el Dr. Hugh Robertson, de St. Davis, Pennsylvania, EE. UU., la cubierta del apéndice es lustroso y rosado pero tan fuerte e inflexible como el género de que hacen los aeroplanos.

El apéndice, como todos los órganos que tienen forro mucoso, segrega un líquido viscoso que vierte sobre los residuos de los alimentos en el intestino grueso, ayudando a convertirlos en excremento y eliminarlos; pero siempre que ese jugo pueda fluir libremente, nada puede suceder.

¿Qué sucede cuando alguna cosa penetra el apéndice?

Lo obstruye, haciendo presa al jugo que sigue produciendo el apéndice, y como su cubierta exterior es inflexible y no puede ensancharse para contener tanto, la presión causa dolor. Por consiguiente, numerosos organismos o microbios convierten ese jugo estancado en pus y la presión va creciendo

más y más; por fin revienta, corre el pus para el peritoneo o forro del abdomen y ocurre la enfermedad llamada peritonitis, que es sumamente peligrosa. Lo que sucede es que se endurece la cubierta exterior del apéndice y lo estrangula, causando una obstrucción peligrosa, razón por la cual tanto los médicos como los cirujanos se empeñan en extraer el apéndice antes de que se ponga negro debido a gangrena y se dañe el peritoneo. Por consiguiente, si la operación se hace 12 horas después de que se comienza a sentir dolor, por lo regular no es mortal; pero la mortalidad que causa la intervención quirúrgica 24 a 26 horas después del espasmo es de 8% y después de 48 horas, mucho más alta.

Un librero condenado

Un librero llamado Francisco Aldor había editado en París publicaciones que ofenden a las buenas costumbres. Para darlas a conocer distribuía a los domicilios por correo en el distrito de Lila impresos que escandalizaban a varios padres de familia. Llevaron éstos el asunto al Tribunal correccional y el librero ha sido condenado a tres meses de prisión, 1.000 francos de multa y 100 francos por daños y perjuicios a la Liga de Padres de Familia. El denunciado apeló, pero no se ha presentado en la Audiencia y el Tribunal ha confirmado la sentencia.

Para todo dolor

ASPIRINA

el producto de confianza



DIRECTORA:

Sara Casal Vda. de Quirós

Apartado 1239

Teléfono 3707

OFICINA: mi casa de habitación
BARRIO: Estación del Atlántico
Avenida 1.ª - Calles 27-29

REVISTA COSTARRICENSE

Publicación Semanal para el Hogar

Benedicida y aprobada por Su Santidad Pío XI
Con la aprobación de la Autoridad Eclesiástica

San José, Costa Rica, 26 de Agosto de 1934

Suscripción mensual

— de —
cuatro números:₡ 1⁰⁰

La educación de la mujer

LA educación de la mujer es lo más importante en una nación. La mujer como madre forma al hombre y a la mujer, que son los futuros ciudadanos de la patria, los que desempeñarán las diferentes funciones en la vida de la nación. Varones insignes y matronas admirables salen de los hogares donde una santa madre cuidó de la formación de esos seres que son orgullo de la patria.

Un maestro y una maestra modelos salen por lo general de un hogar modelo. La cuestión pedagógica, los conocimientos más o menos intensos adquiridos en las escuelas y colegios, no son de tanta importancia como lo es la formación del corazón de la juventud.

Si formamos a los ciudadanos con bondadosos corazones y adornados con todas las virtudes que se requieren para ser ciudadanos completos, la patria recibirá el fruto de esa preparación y cosechará riquezas morales y materiales.

Mucho se ha descuidado la educación de la mujer, se le ha formado mujer frívola, indiferente a todo lo grande y sublime. Hoy día nuestras niñas, con muy raras excepciones, sólo piensan en pintarse, divertirse, bailar incorrectamente, pasear, fumar, beber licores fuertes, cruzar las piernas, vestirse tan ceñidas que van mostrando sus formas, pasear solas en cuñas con los muchachos, ir a todas partes sin su madre, bañarse casi desnudas sin la menor vergüenza de que los hombres las vean, ir al cine inmoral, leer novelas corruptoras y principalmente no obedecer a sus padres, vestirse lujosamente, usar perfumes carísimos, pasar el día jugando y lo que es peor, jugando con interés y así... no concluiríamos si enumeramos todo lo vituperable del modernismo, como resultado de la educación dada a nuestras niñas. Los padres buenos que se interesan por la educación de sus hijas sufren mucho, pues la ola de superficialidad lo invade todo y hace presión en toda nuestra juventud.

La única manera de formar una nueva generación sería fundando una Escuela Normal de Mujeres, a base de la moral católica, de donde salieran no sólo las maestras de toda la república, sino también las madres de toda la república.

Las maestras irían a formar el corazón de todos los niños y las madres el corazón de sus hijos. Una acción conjunta del hogar y la escuela harían de la juventud del porvenir una juventud consciente de sus deberes y en manos de esos niños, más tarde, estaría el porvenir de la patria.

Describamos a los muchachos de hoy día, pues no sería justo anotar sólo la frivolidad de las mujeres, sino que, es justo también, anotar la de los varones.

En los colegios por lo general son despreocupados, tienen un lenguaje vulgar, no respetan a los profesores, les contestan como a sus iguales, cuando no les alzan la voz y les dicen groserías. La burla es lo más común en ellos, se ríen de todo el mundo, del pobre mendigo, de las jóvenes, del que pasa. Si es una señora bonita, no respetan ni al esposo que la acompaña

H
056
R454AC
C.R.

para decirle sus floeos, visten descuidadamente, fuman con despreocupación delante de sus profesores, de sus padres y le ofrecen a sus amigas el cigarrillo como a camaradas. En las fiestas sociales, en los matrimonios, toman licor más de la cuenta, viéndose obligado el dueño de casa a cerrar la cantina para evitar los abusos de los jóvenes y muchas veces de los menores de edad. Pierden miserablemente el tiempo en las esquinas conversando tonterías, criticando a la que pasa y mostrando mucha vulgaridad en los modales. En las fiestas no atienden a las madres y muchas veces no se preocupan en atender ni a las señoritas.

La generalidad de los jóvenes no aman el estudio y por consiguiente, ignoran lo que debieran saber para ser agradables en las conversaciones y para no pasar por grandes ignorantes.

Se paran en las esquinas y frente a las cantinas impidiendo el paso, y no les preocupa ser causa de molestias. Beben y para disimular ofrecen a sus amigas el licor, terminando por embriagaras lo que no es nada recomendable para un joven que se estima.

Dichosamente que aun quedan en nuestra sociedad jóvenes a la antigua, modelos de caballerosidad y distinción y lo mismo señoritas que serán la felicidad de su hogar por lo modestas, por lo cultas y por su gran virtud.

Insistimos, que lo que urge es modificar la enseñanza normal, la que tiene que ser a base de mucha religión, mucha moral, mucha distinción, mucho amor patrio, que los corazones sean verdaderas sensitivas que se muevan al más ligero sentimiento de bondad, para que repercutan en las almas de los que tendrán que modelar en la vida. ¿Qué podremos esperar para el porvenir, en manos de personas preparadas a base de modernismo?

No debiera ser el hombre exclusivamente el que prepare a la mujer para su futuro apostolado, debieran ser las mujeres las que se preocuparan en formar a las futuras madres y maestras.

Hay un conjunto de delicadezas, de pequeñeces, que el hombre no podrá jamás comprender, y que sin embargo es a ellas a lo que se debe en gran parte la belleza, el encanto y la virtud de la mujer. No serán los hombres los que formarán la parte más delicada del corazón de la mujer, ni tampoco serán ellos los que harán saltar las chispas del corazón que formarán la llama del amor puro en todas sus fases: amor maternal, amor a sus semejantes, amor a lo grande, a lo sublime, y el más grande amor, AMOR A DIOS.

Y mientras nuestra enseñanza nacional no cambie de rumbo, siempre fracasará. Es necesario, hacerla más espiritual, darle más importancia a la formación del corazón y sobre todo exigir en todo sentido mucha moralidad a los encargados de dirigir la enseñanza nacional. Ya es tiempo que emplearan como inspectoras y visitadoras a las mejores maestras, a las que tienen inmaculada la historia de sus servicios en el magisterio y de esas hay muchas, no hay peligro de equivocarse al elegir las.

Es muy triste ver que a las buenas y abnegadas maestras, no se les da el valor y aprecio que merecen, ni se les estimula y en cambio muchas maestras ligeras, son las más consideradas.

En tiempos pasados fueron las señoritas Gutiérrez, la niña Rafaelita Calderón, doña Mariana Gagini, la niña Juanita Acuña y muchas otras mujeres las que prepararon la mujer costarricense, y antiguamente había más moralidad y cultura, y más virtud que en los tiempos actuales.

Nuestra enseñanza ha fracasado desde que está su dirección casi exclusivamente en manos de los hombres. Colocan a unas pocas mujeres pero en puestos secundarios. Ojalá que en el porvenir se reflexione desapasionadamente en esto para bien de la Patria.

SARA CASAL Vda. DE QUIROS

Dones y Frutos del Espíritu Santo

Por P. M. SULAMITIS

(Continuación)

Los dones del Espíritu Santo

son una participación de sus perfecciones infinitas

Todos los dones de mi E. S. son la comunicación que Yo os hago de mis divinas perfecciones y me sirven para manifestarlas en vosotros.

El *temor* no es más que la expresión del «Sanctus», la confesión de la santidad infinita de vuestro Dios, como la *piEDAD* es la confesión de mi santidad misericordiosa, puesto que me glorifica en vosotros como Padre... La *fortaleza* me manifiesta en mi poder... El *consejo* os comunica el conocimiento de mis designios y de mi voluntad en los actos que debéis realizar; os descubre los planes y las disposiciones de mi Providencia, y os hace sus cooperadores... La *ciencia* os hace participar del conocimiento que Yo tengo de las cosas para hacerlas servir a mi gloria, y tomar de ellas lo que hay de bueno, rechazar lo que hay de malo y sacar del tesoro de vuestro corazón lo que Yo allí puse y se halla de excelente; os hace también explotar así mi creación para el mayor bien... La *inteligencia* os hace participar del conocimiento que Yo tengo de Mí mismo, es decir, de la verdad tal como Yo os la he revelado por las Escrituras; os hace vivir de este conocimiento desde aquí abajo por la fe; os lleva a confesarme como eterna Verdad, Luz del mundo, que alumbra a los que están en tinieblas... La *sabiduría*, por fin, es el gusto de Dios; os hace experimentar que Yo soy caridad, que nadie es comparable a Mí, que mis perfecciones son infinitas y que la unión a Mí es la suprema felicidad que me complace en dar en cierta medida al alma desde aquí abajo en medio de las pruebas de la vida. Esta felicidad excede a cuanto podéis recibir por medio de los sentidos o gustar según la sola naturaleza, porque es independiente de todas las cosas, de un orden superior a todas ellas; es verdaderamente «Dios gustado», Dios viviendo en su criatura y dignándose comunicarse a ella en las efusiones de su bondad.

¡Cuán diferente es la comunicación de Dios por el don de sabiduría, de la simple consolación sensible! Pues alcanza a lo ínfimo del

alma, y allí es donde tiene lugar el divino contacto. *Más allá de los sentidos* es donde el alma encuentra y gusta a su Dios... Por esto se le pide a esta alma grandísima pureza. Y por eso mismo ve ella también en sí mil manchas que la causan un extremado sufrimiento, mas de las cuales se encuentra purificada por este toque íntimo, por este contacto misericordioso de la caridad de su Dios. La simple mirada de Mí produce un horror extremo del menor mal, una repulsión determinada, espontánea e intensa de ese mal.—Así el alma que ha recibido el don de sabiduría y dejándose dirigir por él, obra siempre bajo su influencia, no puede sufrir en sí voluntariamente ningún mal.—He ahí por qué en cada instante se encuentra purificada de la más pequeña mancha.—Mas es preciso que permanezca unida a la Sabiduría; pues todo lo que está fuera de la Sabiduría necesita luego purificarse. Esta purificación es una de las formas del *martirio de amor*, el purgatorio de los que aman...

¿Quién podrá comprender el íntimo sufrimiento de los que habitualmente viven bajo la influencia del don de sabiduría, cuando después de cualquier tropiezo, o descuido, se dan cuenta de su falta, de su imperfección, en la divina presencia?... Sin embargo, lejos de huir, son al mismo tiempo atraídos por esa mismísima fuerza que rechaza el mal que en ellos se descubrió. Y he ahí el extremado sufrimiento que justifica y que, por encima de cuanto el alma experimenta, hácela adherirse a Dios...

Este sufrimiento quise Yo mismo experimentarlo en nombre vuestro. Así es como soporté el peso del pecado, no un solo instante, no por sólo algunas faltas, y no según un débil rayo de la divina luz—pues el sufrimiento es proporcionado al conocimiento que el alma tiene de mis perfecciones y de mi bondad, al gusto que tiene de mi caridad;—sino que Yo sentí el horror de *todas* las faltas de los hombres, las cuales conocí en *toda* su gravedad... Experimenté a la vez la repulsión de la santidad, cuanto en ello había

de contrario a la caridad... y el atractivo de esta caridad queriendo purificarlo todo.—Esto sólo quien lo haya experimentado será capaz de comprenderlo un poco.

En este sufrimiento hice que participara María más que ninguna otra criatura; así es

como la asocié a la gran obra de la Reparación, a vuestra Redención. Más que nadie sufrió Ella, y también más que nadie gozó. Lo uno no excluye lo otro; por experiencia lo sabe quien tiene la sabiduría.

(Continuará)

PAGINA PARA LOS NIÑOS

Cuadro de Honor de Niños correctos en la escuela, obedientes en la casa y juiciosos en la calle

Por ELEONOR SUCSEY

Conforme he prometido, publicaré en esta página, a partir de hoy y cada cuarta semana, «El Cuadro de Honor». Espero la cooperación de los padres y maestros, para que me envíen a tiempo o sea en la tercera semana las listas de los niños bien portados. Esta correspondencia pueden dirigirla a:

«Eleonor Sucsey, Apartado 1239.—San José».

Recuerdo a todos que, el 6 de Enero de 1935—Dios mediante—haremos una rifa de un objeto útil y apropiado entre aquellos que salieron *siquiera una vez* en este «Cuadro de Honor».

Felicito de corazón a este puñado de niños buenos que son orgullo de nuestros padres:

Alumnos distinguidos de la Escuela Juan Rudín

PRIMER GRADO A.—Luis Sequeira, Jorge Subirós, Roberto Quesada, Fernando López D.

PRIMER GRADO B.—Guillermo E. Villalobos, Oscar Zeledón, Alvaro Castro, Jorge Guevara.

PRIMER GRADO C.—José M. Pacheco, Ernesto Arley, Fernando Enríquez, Fernando Gutiérrez.

SEGUNDO GRADO A.—Luis Astorga, Carlos A. Maduro, Eduardo Flores, Oscar M. Jiménez.

SEGUNDO GRADO B.—Zeirith Rojas, Ramiro Ramírez, Luis Ricardo Monge, Alvaro Arias.

SEGUNDO GRADO C.—Raúl Sequeira, Adrián Bolaños, Manuel Mena, Mario Pollinaris.

TERCER GRADO A.—Fernando Rudín, Arnoldo Vargas, Antonio Quesada.

TERCER GRADO B.—Edgar Baltodano, Manuel Fonseca, Vinicio Umaña, Mario Guevara.

CUARTO GRADO A.—Alfonso Jiménez A., Evenor Zúñiga, Claudio Cruz, Juan José Sáurez.

CUARTO GRADO B.—Manuel Güell, Mariano Monge, Fernando Chavarría, Oscar Padilla.

QUINTO GRADO A.—Arturo Cabezas, Helios Boza, José J. Barrantes, Edwin Pérez.

QUINTO GRADO B.—Edgar Vargas, Fernando Rojas, Rolando Gutiérrez O., Luis Alberto Truque.

SEXTO GRADO A.—Roberto Castro, Enrique Peña, Rafael Chacón, Alfredo Rojas

SEXTO GRADO B.—Alvaro Guevara, Alvaro Toledo, Louis Davidson, Fernando López C.

Doña Bettina de Holst

Frente a LA TRIBUNA

Verdadero Baratillo: gran liquidación de toda clase de artículos a **precios sumamente reducidos;** géneros de lana, de seda, terciopelos, sombreros y formas de sombrero etc., etc.

El gobierno de las mujeres

Por A. PALACIO VALDES

(Continuación)

En otra ocasión los nobles, fatigados, deciden suspenderla por algún tiempo. La reina se resiste tenazmente como antes a esta suspensión. Los nobles, avergonzados de que una mujer les dé ejemplo de valor y constancia, reunen de nuevo sus huestes para proseguir la campaña.

Tan sagaz y diplomática como intrépida sabía introducirse en el corazón de los magnates para acallar sus rivalidades. Les escribía cartas insinuantes, halagaba su amor propio con palabras limpias y recompensas honoríficas. De este modo logró que aquellos dos poderosos nobles y encarnizados rivales de la Andalucía, el marqués de Cádiz y el duque de Medina Sidonia, vinieran a ser con el tiempo fieles y generosos amigos.

En el sitio de Baza, las tropas españolas sitiadoras habían llegado a un grado de abatimiento lamentable. Las lluvias persistentes habían hecho descender de las montañas torrentes impetuosas que asolaron nuestro campo, convirtiéndolo en un inmenso lodazal. Los caminos se pusieron intransitables, y los convoyes que venían de Jaén, donde se hallaba la reina, quedaron interrumpidos. El ejército comenzó a padecer los tormentos del frío, del hambre y la desnudez. Muchos de los capitanes opinaron por levantar el cerco. La reina tiene noticia de ello, y resuelta como siempre acumula cuantos recursos le fue posible, monta en su palafrén y seguida de su comitiva, atraviesa valles, salva colinas y barrancos y se presenta de improviso en medio del ejército sitiador. Su aparición produce una sacudida eléctrica, un entusiasmo delirante, gritos de júbilo por todas partes. Aquellos pobres abatidos soldados son repentinamente héroes invencibles. La reina recorre el campamento seguida de brillante cortejo al son de las músicas y de las ruidosas aclamaciones de las tropas, con todas las banderas desplegadas. Los mismos sitiados quedan atónicos y extasiados ante aquel espectáculo que contemplan desde las murallas. Su heroico caudillo, el príncipe Cid Hiaya, con arranque caballeresco quiere tomar parte en aquella

ovación. Sale vestido de gala con un cortejo de caballeros, los estandartes enarbolados, las músicas tocando himnos guerreros y hace caracolear su caballo y arrodillarse delante de la reina de Castilla.

¡Ejemplo de galantería que aquel siglo bárbaro ofrece a este civilizado!

Desde la aparición de la reina, cesó la pelea, no volvió a sonar un tiro, no se derramó otra gota de sangre. Los moros se entendieron con los cristianos, la plaza se rindió con honrosas condiciones, y aquel bravo y galante Cid Hiaya, subyugado por la irresistible seducción que el carácter y la virtud de la reina ejercían sobre todos los que se le acercaban, no tardó mucho en convertirse al cristianismo, recibió honores, riquezas y dignidades, se casó con una dama principal de Castilla, y fué para siempre uno de los nuestros.

Tomóse Granada al fin. España quedó entera por los españoles. En aquella ocasión un extranjero oscuro, sin riqueza, sin nacimiento, que desde hacía largo tiempo seguía a la Corte casi como un pordiosero, demandando auxilios para la realización de una empresa, que ya una junta de sabios había declarado «quimérica e impracticable», logra al fin ser recibido de nuevo en audiencia por los reyes. El aventurero se presenta ante ellos humilde, pero seguro de sí mismo. «Pensando en lo que yo era—decía él mismo después—me confundía mi humildad, pero pensando en lo que llevaba me sentía igual a las dos testas coronadas.»

El aire resonaba todavía con los vítores y los gritos de júbilo por la conquista de Granada, cuando Colón se presentó ante Isabel y Fernando. Este no le comprende. Las alas de su espíritu eran alas de gallina. Pero el alma de Isabel penetra la del gran genovés. Del contacto de aquellos dos genios brota la chispa que va a iluminar un Nuevo Mundo.

Ni el dictamen de los sabios de Salamanca, ni el velo espeso que la ignorancia de la época extendía sobre todas las empresas atrevidas, ni los cuidados de la nueva conquista,

ni la desconfianza y escepticismo de su marido, ni la penuria del tesoro real, ni las pretensiones un poco quijotescas del mismo Colón, que Talavera, su protector, calificaba de «arrogantes con exceso e indecorosas para los reyes», paralizaron el ánimo esforzado de la reina. —«No expongáis el tesoro de vuestro reino de Aragón—dice a su marido.—Yo tomaré esta empresa a cargo de mi corona de Castilla, y si no hay dinero para ella estoy pronta a empeñar mis propias joyas.»

¡Americanos, erigid estatuas y monumentos al inmortal genovés que ha descubierto el Nuevo Mundo, pero no olvidéis de colocar a su lado la gloriosa figura de Isabel I de Castilla! Colón tenía fe en sus cálculos, pero Isabel tuvo fe en los cálculos de Colón. Un funámbulo se lanza al espacio sobre una cuerda, llevando sobre sus hombros a un expectador que se ha ofrecido a ello. ¿Cuál de los dos demuestra más valor?

«En medio de la incredulidad general—decía Colón en una de sus cartas—el Todopoderoso infundió en la reina, mi señora, el espíritu de inteligencia y de fortaleza, y mientras que todos en su ignorancia sólo hablaban de gastos e inconvenientes, Su Alteza, por el contrario, aprobó el proyecto y le prestó todo el apoyo que estuvo en su poder.»

No sólo el espíritu de inteligencia y fortaleza, sino también el de justicia. En el segundo viaje de Colón, descubierto ya el Nuevo Mundo, la reina entre otras instrucciones le ordena «que se abstenga de toda medida violenta contra los naturales y que castigue de una manera ejemplar a los que les causasen la más pequeña vejación.» ¡La reina conocía bien a sus súbditos!

La envidia, como siempre, se cebó en el descubridor del Nuevo Mundo. Perseguido, acusado por testigos de gran valimento, desacreditado en la opinión pública, insultados sus propios hijos por el pueblo cuando se mostraban en la calle, no le faltó jamás a Colón la confianza de la reina. Tan sólo se irguió airada contra él cuando tuvo noticia de haber llegado a España dos carabelas con trescientos esclavos indios, que Colón había regalado a los sediciosos para aplacarlos. La esclavitud horrorizaba a aquella piadosa mujer.

Cuando aprisionado y cargado de grillos como un criminal le envió a España el infame Bobadilla, la reina le recibió con el rostro bañado en lágrimas y se apresuró a hacerle plena justicia.

¡Cuán diferente este tierno recibimiento del frío y desdénoso que le hizo más adelante Fernando, muerta ya su esposa, cuando el desgraciado navegante se presentó a él en Segovia, después de su cuarto y último viaje!

(Continuará)

Averígüelo Vargas

Tenía Felipe II un privado de gran ingenio y astucia llamado «Vargas Machuca». Cuando presentaban al rey alguna relación de crímenes, robos, etcétera, escribía al margen: «Averígüelo Vargas», y Vargas lo averiguaba, con lo que la justicia cumplía su deber.

En la biblioteca de El Escorial pueden aún verse documentos con la anotación marginal aludida.

He aquí el origen de la frase que corre de boca en boca, a modo de refrán, siempre que se hace alusión a un cosa secreta y difícil de averiguar.

EL SIGLO NUEVO

Ofrece un gran surtido de persianas en varios colores, stores y géneros de punto para cortinas.

El mejor surtido de frazadas, colchas y alfombras lo encontrarán en *EL SIGLO NUEVO*.

Juegos de pichelos y vasos, juegos de café y de té, a precios baratísimos.

En cristalería, loza, cubiertos, linoleums y artículos de uso doméstico, es *EL SIGLO NUEVO* el que tiene el mejor surtido y el que en estos momentos vende más barato

CODIGO SOCIAL

¿Cómo debo comportarme?

Por ANNA VERTUA GENTILE

(Continuación)

CELOS EXTRAVAGANTES

¿Cómo puede creerse, sin cierto escalofrío moral, que pueda ser capaz el propio marido, de una monstruosidad semejante?... ¿Ofrecer en sacrificio al amor egoísta de su mujer y a sus exigencias de paz, las santas afecciones que lo estrechaban a la madre, al padre, a los suyos?... ¡Estar con el recelo de acarrearle disgustos y penas por un acto de cariñosa atención para con sus padres y hermanos!...

Y no obstante, mujeres hay que con práctica egoísta a todo se arriesgan para conseguir un incomprensible enfriamiento entre el marido y su propia familia; separación más bien aparente que real, más dolorosa que ingrata e impuesta casi siempre por la necesidad de sosiego, por miedo a las escenas de llanto y a las actitudes de la supuesta víctima.

El marido que por debilidad, o por pasión ofuscadora, o ganoso de una vida tranquila, se ha apartado de los suyos, véase poco a poco, presa de una desagradable desazón muy parecida, al arrepentimiento: siéntese fuertemente atraído hacia los que lo criaron con amor y abnegación, para los que lo acompañaron en los primeros pasos por la vida y lo condujeron prudentes y avisados en su mocedad. Los años pasados en el seno de la familia, en medio del cariño de los padres y hermanos, quedan indeleblemente impresos en el corazón y en la mente con un seguido de recuerdos que le reprochan con severidad su ingrata tibieza actual. Y entonces, lo atormenta un sentimiento que nada tiene de afectuoso, y no puede por menos que mirar en su esposa la causa que lo apartaba de su deber con vil engaño. ¡Lo cual, seguramente, no aumentará la estima que hacia ella pudiera sentir!

Y ahora que la he recriminado, le debo a la celosa una legítima defensa.

Hallábame cierto día en un anfiteatro y cerca de dos señoras jóvenes, amigas íntimas que experimentaban la necesidad de hacerse tristes confidencias, hasta en aquel lugar de esparcimiento. Una de ellas, con ojos encendidos y continente triste e indignado, decía a la otra:

—Comprende mi sorpresa cuando mi marido, ya al primer día de poner los pies en nuestra casa—*enfin seuls!*—me espetó en tono

autoritario: No vayas a olvidar que con esto me siento distanciado de los míos, porque el afecto a mis padres será siempre superior al que te tengo.

Y la otra señora replicó en tono suave e ingenuo:

—¿Qué necesidad tenía de decírtelo?

Exacto, añadió yo. ¿Qué necesidad había de declarar el marido aquel sentimiento legítimo en forma desagradable y en un instante tan inoportuno que se trocara en una ofensa a la esposa?

Y por su parte, ¿qué necesidad tiene la esposa en despertar semejantes celos en el marido, huyendo diariamente de su casa, mostrándole que prefiere aun la de sus padres y que sólo allí se recobra?

¡Comprenderse... comprenderse! ¡Buena parte de la infelicidad conyugal estriba en esa mutua incomprensión!

(Continuará)

El Padre Gebrande

Todo lo bueno que era este santo sacerdote, ya lo han dicho todos los que lo querían. Nosotros lo admirábamos en su constante labor a favor de los asilados en Las Mercedes. Varias veces al año iba a llevarles regalos y consuelos a esos seres abandonados del mundo, separados de la sociedad por esa barrera dolorosa de su triste enfermedad.

Consolar, prodigar cariño, obsequiar a quienes no tienen ningún halago en la vida es la mayor caridad que se puede hacer. Es por esto que nosotros cuando pudimos, ayudamos al Padre Gebrande a recoger las limosnas de tanta persona caritativa como hay en San José para obsequiar a los asilados allí.

El Padre Gebrande y los Caballeros Marianos, con gran entusiasmo, celebraban sus fiestecitas en aquel asilo de dolor y olvido; los consuelos y alegrías que esos enfermos recibieron, por la caridad del inolvidable Padre, fueron formando una corona de las flores más bellas, de las flores de la caridad, que nuestro buen Dios debe haberle puesto a su llegada al único lugar de paz y alegría, al Cielo.

Ojalá que los Caballeros Marianos sigan siempre el camino que les dejó trazado el inolvidable Padre Gebrande y que continúen siendo el consuelo de los enfermos del Asilo de Las Mercedes.

SARA CASAL VDA. DE QUIROS.

La inmoralidad del Cine

Por CARLOS HAMILTON D.

El Pueblo, de Buenos Aires, diario verdaderamente católico, nos da la siguiente pavorosa estadística de la censura cinematográfica de la capital argentina: de 317 películas llegadas en algunos meses: 25 fueron clasificadas como Buenas; 66 como Tolerables «Aceptables»; 89 «Escabrosas» y 134 completa y absolutamente Malas. O sea: entre Buenas y Tolerables: 91; y 226 MALAS, o en su representación o algunas escenas o en todo el argumento y la forma.

El criterio de la censura santiaguina, que no es ciertamente estrecho, califica casi la totalidad (muchos días la totalidad) de las películas que se exhiben y que se anuncian en los diarios, por lo menos como no recomendables para menores (SOLO PARA MAYORES). Y según juicio autorizado de uno de los censores, la gran mayoría de las que llevan ese estigma benévolo NO SON RECOMENDABLES PARA NADIE. Además, lo que es moralmente impropio para menores, es impropio para todos, máxime si se considera el poder de exaltar la imaginación y las pasiones y el influjo de aquéllas y de éstas en la vida moral.

Es que los avisos ponen «sólo para mayores», sólo para que vayan más curiosos.

No me atrevería a decirlo, por respeto, si no fueran los interesados quienes repiten esto con el airecito de un argumento contundente. Lo único que probaría es que el público tiene lo que merece a las películas «no recomendables para señoritas» afluye con más entusiasmo un enjambre inquieto de juventud. Quisiera poder negarlo; pero es triste y fatalmente cierto y sintomático. Pero la censura no debiera ser venal hasta el punto de ayudar a las empresas a negociar con la malsana curiosidad de los públicos.

Y el «no tiene nada de particular», «si lo vió la Fulana que es tan piadosa», «la Sutanita, que es Hija de María y es de la Asociación la vió con su papá y no le encontró NADA DE PARTICULAR»... sólo está indicando lo alarmante de la peor de las consecuencias del cine corruptor: **DESTRUYE TO-**

TALMENTE LA CONCIENCIA MORAL a fuerza de «Pimienta y más pimienta» se acostumbra el paladar, tal como se acostumbró el burro del cuento a no comer.

(De *El Debate*, Panamá)

La campaña católica en favor de la moral pública

ESTADOS UNIDOS.—Continúa en todo su vigor la campaña de los católicos contra el cine inmoral. Una sola asociación, la *Catholic Daughters of America*, tiene ya los nombres de un millón de familias que se han comprometido a no presenciar películas ofensivas; y está dispuesta a vigilar todos los cines del país.

El éxito en Filadelfia fue tal que una compañía amenazaba con cerrar 75 cines, y 400 una sociedad de propietarios independientes, si no se moderaba la campaña. El Sumo Pontífice felicitó al Cardenal de Filadelfia, y autorizó al Episcopado a apoyar con su nombre tan noble campaña.

Según una revista del cine, se vendían semanalmente en el país unos quince millones de entradas menos, debido en gran parte a la campaña.

A mediados de Julio, se había inaugurado oficialmente la campaña en 55 diócesis con un total de once millones de católicos, y se calculaba en cerca de cinco millones los adheridos a la Legión de Decencia.

Compañías Cinematográficas.—Desde el 15 de Julio se exige en los principales «estudios» el «certificado de pureza» para las nuevas películas, y se ha nombrado a un católico REY DE LA CENSURA. Varias compañías han anulado las «entregas globales» de películas, que ponía a los propietarios en la alternativa de exhibirlas todas, aunque fueran malas, o perder dinero.

Es un ejemplo patente de lo mucho que pueden hacer los católicos, trabajando unidos y bien dirigidos.

(De *El Propagandista Católico*, El Paso, Texas.)

Enrique Matorra, ex-secretario del Comité central de Juventudes comunistas, confiesa públicamente su conversión

«Al cabo de un período de cuatro años de vida agitada, ideas erróneas y hechos contrarios a la Religión de Cristo, me cabe hoy gran placer de confesar públicamente mi conversión y anunciar mis propósitos.

Un poco de historia. La situación de la clase obrera española en estos últimos años ha pasado por una época de agitaciones sin cuento que impelfan a muchos a las filas de las organizaciones extremas, pensando que en ellas iban a encontrar remedio sus calamidades, satisfacción sus inquietudes y estímulo sus entusiasmos.

Uno de tantos jóvenes, lanzados prematuramente al ajetreo de la vida, con unas ansias locas de superación, prendieron pronto en mi inquieto cerebro las fórmulas fáciles, elaboradas para una simple digestión, de las ideas comunistas.

Entregado por completo a la organización, iba adquiriendo poco a poco experiencia de la lucha social, tan ruda, y según me adiestraba en los pormenores y recovecos de la actuación pública y sindical, iba al mismo tiempo sufriendo desengaños, los que achacaba a los hombres. Pero hoy no. Hoy sé, estoy completamente convencido de que la causa de ellos son las ideas.

Toda organización, para existir, necesita un ideal, un programa, una base. Cuando esta base no está en un contenido moral elevado, cuando en lugar de sentimientos de solidaridad, de amor, de sacrificio, ofrece como postulados sentimientos de odio, de lucha, de venganza, de interés puramente material, esta organización forzosamente es terreno abonado a todos los vientos, semillero de todas las rebeldías y cama propicia a todas las pestes.

En estos instantes recuerdo con pena las horas pasadas. Tiempo perdido en renegar de aquello que es nuestra propia vida, de aquello sin lo cual no existiríamos, de aquello que es todo en sí: de Dios. ¡Cuántos sacrificios perjudiciales! ¡Cuántos esfuerzos perdidos tras de la verdad, y la verdad no estaba allí!

La verdad, la única verdad existente está en las doctrinas de Jesús, todo amor, todo

humildad, todo corazón con sus mismos enemigos. ¡Cuán distinto estaría el mundo si no se hubiera apartado de estas doctrinas!

Hoy reto a todos aquellos que me conocen, a todos los que han cooperado conmigo en el error, a discutir:

- 1.º—La existencia de Dios.
- 2.º—La falsedad de la Religión Católica.
- 3.º—La condenación de la propiedad privada.
- 4.º—La conveniencia de la lucha de clases.

Sé que esta rectificación de mi pasado, que esta retractación pública me costará insidias, insultos, calumnias y todo cuanto es capaz de arrojar un corazón materialista; pero no me detengo. La obligación de los que comprendemos el error es rectificarlo, y no sólo teóricamente, sino en la práctica, en la vida cotidiana, en todos los problemas actuales.

«Mucho se exigirá al que mucho se le ha dado». «Si el mundo os aborrece, sabed que primero que a vosotros me aborreció a Mí».

Estas palabras de nuestro Divino Maestro hemos de tenerlas muy presentes los católicos, y ellas son el mejor exponente de lo que hemos de hacer.

Y ahora a mis nuevos compañeros de los Sindicatos Obreros Católicos: ¡Salud, amigos! ¡Salud, verdaderos y esforzados camaradas! Con la ayuda de Dios, contad con mi pobre e inútil persona para los fines de la organización.

ENRIQUE MATORRA».

El mejor Jabón para el Hogar

Amarillo y azul con blanco

No deteriora la ropa ni las manos, es el jabón fabricado en la Simon Soap Factory. Unica agencia en el interior, en «La Tiendita» de doña Claudia de Garrón, (contigua al Garage Alfaro). Venta al por mayor y al menudeo; pídale al Teléfono **3395** e inmediatamente lo tendrá en su casa.

No le grites a tu hijito

Por A. LARRAN DE VERE

Entró del patio corriendo a todo correr; le tiró de la cola al gato, echó a rodar una maceta y volcó sobre el mantel una copa de vino. Está insoportable. Te pusiste nerviosa, te exasperaste mucho y le has gritado. Tu nene —lo viste, ¿verdad?— se quedó suspenso, mirándote con asombro y poniéndose blanco, muy blanco. Y como no te contestaba, creyendo tú que su airado reto no surtía el efecto buscado, agriaste más aun el tono de tu voz y buscaste palabras más acerbas, más hirientes... hasta que el niño rompió a sollozar.

¡No sabes lo que has hecho, madrecita!

Es muy legítimo el orgullo con que afirmas que jamás tu mano se ha posado con violencia sobre el cuerpo de tu nene. Sería un crimen. No podrías dormir tranquila si lo hicieras. Eso afirmas tú. Y, sin embargo, lo has castigado como no imaginas. En los primeros encontronazos que su almita indefensa tuvo ya con el pavor que inspira lo que no se entiende, fuiste tú, la mamita, el refugio seguro para su zozobra. Sobre tu seno cálido, entre tus brazos acogedores, se ovilló muchas veces para que tu ternura le ahuyentara los fantasmas del miedo. Podía pasar a su lado con fragor de hierros y estentóreo silbido la locomotora; podía ladrar con furia el imponente perrazo y trepidar la casa toda con el estampido del rayo. El te ceñía sus bracitos al cuello, cerraba los ojos y acurrucado en tu falda se sentía al amparo de todo mal y de todo peligro. Pero le has gritado, y por primera vez tu hijito te sintió un poquito lejos.

Las travesuras del niño no tienen su origen en la perversidad, como tú dijiste. ¿Admites que pueda hacer el mal premeditadamente, para solazarse viéndote sufrir? No, no es concebible. Tu niño, como todos los niños, es inquieto porque un exceso de vida le bulle en las células de su cuerpo sano. ¿Cómo puedes pretender que tenga discernimiento, que sepa distinguir entre el bien y el mal? Si eso ocurriera, habrías perdido a tu nene. Tendrías uno de esos niños prematuramente

serios, pálidos de pensar y con los ojos empañados de tristeza precoz.

—Entonces—dirás,—¿es que no debo corregir a mi hijo? ¿Tendré que dejar sus travesuras en la impunidad?

No es eso, no; pero tampoco lo que acabas de hacer. La dureza de tus palabras no lo corrige; en cambio le paraliza la comprensión. La sorpresa que advertiste en sus ojos era el estupor suscitado por una revelación amarga: su mamita «también» era mala. El niño ha descubierto de pronto la dureza que, inexorablemente, fue la vida sedimentando en tu corazón. Porque es así para desdicha nuestra: Ninguno pudo andar un tramo de vida y llegar sin su lastre de amargura. Pero siempre tuviste buen cuidado de que tu hijito no advirtiera eso. Habías sido para él toda frescura, toda candor y alegría. De pronto... aquellas palabras demasiado malas.

Es más fácil que tu niño entienda el lenguaje de la bondad. Enséñale despacio con mucho tino, sin precipitarle las dolorosas revelaciones, a discernir entre el bien y el mal. Ya irá poquito a poco modificando su conducta, constriñendo su libertad instintiva dentro de esas normas abstrusas que son el derecho y el deber. No temas que no te entienda, que reincida en sus travesuras. Tus palabras buenas no se habrán perdido. No se pierde ninguna palabra de esas que llegan al alma como una caricia. Pero es verdad que las otras, las malas, tampoco se pierden.

El alma de tu niño es una plana en la que todo el mundo escribirá. Piensa en las torpezas que irán borroneando en ella las gentes mezquinas que pasen a su lado. Llegará un día en que dirás: «¿Es posible que quien dijo eso, que quien hizo aquello sea mi niño?» Y es porque él también habrá empezado a atravesar la vida y a cargar su pequeño lastre de torpeza. Defiéndelo del mal inculcándole nobleza en el corazón. Y cuando lo corriges, que sea con dulzura. No le grites. Tanto daría que azotaras el agua del lago en el que quieres mirarte los ojos.

El día de la Madre

Por CARMEN ARTOLA

(Con todo cariño para la instructiva REVISTA COSTARRICENSE)

En esta mañana dorada y llena de alegría, por estar de fiesta nuestros corazones, les ofrecemos a Uds. madres... un sencillo homenaje quizá muy pobre, pero sí muy significativo.

La fiesta que mi pequeño corazón te dedica en estos momentos, querida madre, comprende solamente una palabra que es la siguiente: ¡Madre! Palabra simbólica la cual permite a mi corazón ensancharse a impulsos de la inmensa alegría que se apodera de todo mi espíritu, pues mi alma se siente confortada con sólo pronunciar dicho vocablo.

¡Madre! Palabra sentimental que emociona tanto al joven, como al anciano, al sabio, como al ignorante, al rico, como al pobre, al humilde, como al soberbio, al noble, como al mezquino. ¡Oh! La palabra madre que trae a nuestras mentes el recuerdo de alegría, esta alegría sana y pura. que sólo se refleja en tu risa angelical.

¡Madre! Sólo tú sabes dar a tus hijos alegría alentadora, fortaleza al cuerpo y a el alma, luz a las mentes, consuelo a las tristezas. ¡Madre! Dios te ha enviado para que tus alas de amor oculten el horizonte de la oscuridad en que batallo para conquistar mi suerte.

Tú, ¡Madre! eres la virtud, la caridad, la parte tierna del corazón, la nota melancólica del alma, la esperanza alentadora del espíritu, la fuerza potente de la voluntad, el fondo inmortal de inocencia que siempre se manifiesta en todos tus hechos. Los que tenemos la dicha de poseer madre, tenemos el tesoro más grande del mundo, porque élla significa la paz de nuestra conciencia, el refugio, no sólo contra todo agravio, sino contra todo error.

¡Madre! Cuando pequeña asida de tu mano disfruté de esa corta temporada de la infancia, en la cual fui muy feliz, porque siempre tú, cual amiguita inseparable, hiciste agradables todos los momentos de mi niñez. Ahora he entrado a la juventud, la cual tiene tantos sinsabores y angustias, pues estoy en la edad de continua lucha por la existencia, pero a ti agradezco madre, el no sentir estas luchas, pues ya tú con anticipación habías preparado el terreno, antes estéril, para convertirlo en fértil y de este modo no me costará recoger sus frutos.

¡Madre! La vida me ha enseñado muchas cosas a base de sacrificio, las cuales ya tú me las habías enseñado con muy pocas palabras y de un modo que fácilmente puedo recordar y detener en mi memoria, lo que prueba, que sólo tú, sabes enseñar.

¡Madre! Si el destino me obligase a separarme de ti algún tiempo, no sentiré mucho

esa ausencia, porque aunque no vea tu cuerpo, veré algo superior a él, tu espíritu, el cual se introducirá dentro del mío, para hacerme responsable del deber. Ese tu espíritu, me dirigirá siempre por el sendero recto del bien, mi alma será fortalecida con el oleo santo de tu inspiración, mi mente será alumbrada con tus rayos celestiales de que te ha dotado la luz Divina y fortalecerás mi cuerpo con la fuerza de tus sublimes pedimentos.

¡Oh! Qué dichosos los hijos que tenemos madre. ¡Oh! Qué dichosas las madres que tienen una misión tan noble y que sólo saben inspirar el pensamiento del bien.

¡Oh! La palabra madre que encierra todo lo grande... Todo lo sublime.

Nosotros los hijos dedicamos en este día el recuerdo inmortal hacia ellas.

Virginia Madriz Peñaranda

Dotada de una inteligencia nada común, de un carácter dulce y bondadoso, de una humildad franciscana, sincera, caritativa y muy culta fue la señorita Virginia Madriz.

Murió a los 64 años, su vida pasó como pasa la vida de las almas puras y muy santas; muy querida en Villa Colón, donde vivió por espacio de 30 años haciendo todo el bien que podía y sirviendo de ángel de caridad para todos los pobres.

Aquí en San José hay muchísimas familias que la querían mucho y han sentido su muerte como a miembros de la familia muy queridos. Virginia era de esas personas que se hacían querer por lo buenas, por lo humildes y por la suavidad de su carácter, y porque era de esas personas que agradecen cualquier favor, cualquier deferencia y siempre desean mostrar su gratitud.

De nosotros era muy buena amiga a quien queríamos verdaderamente y además era muy entusiasta agente de REVISTA COSTARRICENSE en Villa Colón.

Para toda la sociedad y pobres de Villa Colón, para su sobrino don Manuel Madriz y demás familia, para doña Evangelina viuda de Fournier y familia y para todas las amigas de la muy querida Virginia enviamos nuestro muy sentido pésame, y también a su sobrina la señorita Virginia Madriz Castillo, residente en Madrid.

SARA CASAL VDA. DE QUIROS.

Recetas de Cocina

A cargo de doña DIGNA CASAL DE SOLARI, Profesora graduada en Bruselas

CARRACO CON ACEITUNAS

La víspera se deja preparado el carraco, adobado con ajos y pimienta. Al día siguiente se fríe en una buena cucharada de manteca o mantequilla caliente, hasta que esté dorado de todos lados, en seguida se le agregan tres cucharones de caldo hirviendo, un tomate pelado y sin semillas; se pone a cocinar, cuando está suave y queda muy poca salsa se retira del fuego; se cogen unas doce cebollitas pequeñas, se echan en agua hirviendo y se dejan cocinar hasta que estén medio suaves, entonces se escurren bien y se fríen en mantequilla caliente hasta que se doren sin quemarse, se les pone la punta de un cuchillo de azúcar y se les da vueltas para que cojan bonito color; se mezcla una cucharadita de mantequilla con una cucharada de harina; el carraco se pone en un platón donde no se enfríe y a la salsa en que se cocinó el carraco se le agrega la mantequilla con la harina y se pone a hervir meneándola constantemente, en seguida se le agregan una docena de aceitunas, un poquito de pimienta, sal, las cebollas y el carraco partido en pedazos, se deja hervir un momento y se sirve.

HELADOS DE MOCA

Un litro de leche.
Media libra de azúcar.
Vainilla en vaina.
Ocho o diez yemas.

Se pone a hervir la leche, con una vainita de vainilla; se baten las yemas con el azúcar hasta que estén bien espumosas; se le va agregando la leche poco a poco y mezclándolo; luego se vuelve a poner en el fuego y meneándolo constantemente hasta que empiece a hervir (no se debe dejar hervir porque se corta), se retira del fuego y se sienta la cacerola en agua fría y se está moviendo constantemente para que no se forme nata, hasta que esté frío. Luego se le agrega esencia de café bien fuerte y se pone en la sorbetera hasta que estén bien cortados. Si se quiere se les puede agregar un cuarto de litro de natilla o de crema de leche fresca, esta crema

debe batirse hasta que esté espumosa agregándole un poco de azúcar molido, al gusto; ésta se echa al mismo tiempo que la esencia de café. Es indispensable ponerle mucha sal al hielo y éste en pedacitos pequeños.

Con esta crema se hacen toda clase de helados; de chocolate, de frutas, de nueces, de almendras, de bananos, etc., etc.

GALLETAS DE REY

50 grs. de harina, 175 de mantequilla, la punta de un cuchillo de sal, 10 cucharadas de agua. Se pone la harina en la tabla de amasar, se le hace un hueco en el centro donde se pone la sal, la mantequilla y el agua, y con un cuchillo se mezcla bien hasta formar una pelota, se espolvorea de harina, se pone en un plato y se cubre con una servilleta y se deja en un lugar fresco una hora; luego se extiende con el bolillo en forma de rectángulo y se dobla en tres, se vuelve a extender en rectángulo y se dobla en tres, se extiende otra vez con el bolillo y se vuelve a doblar haciendo un total de cuatro dobleces. La cuarta vez que se dobla se deja en un lugar fresco una media hora, luego se extiende la pasta con el bolillo espolvoreándola de harina hasta que quede de un centímetro y medio de gruesa y se cortan las galletas en la forma que se quiera; se colocan las galletas en cazolejas untadas de manteca, se les hace los adornos que uno quiera y se les unta con una brocha huevo batido y se asan en el horno hasta que estén doradas.

Si Ud. quiere conservar su cutis fresco,

use los

productos de los laboratorios Mercier, de fama Universal a base de HAMAMELIS: En cremas, Polvos, Loción astringente, Miel para las manos.

PRUEBELOS!!

“EL IRIS”

E. VELAZQUEZ C. Suc.

AGENTES EXCLUSIVOS

La Conversión de Eva Lavallière

(Continuación)

En la intimidad de la casa se muestra familiar, servicial, alegre. A veces se dedica a algunos trabajos manuales. Leona se ocupa de los quehaceres domésticos. Un día le sirve un huevo que ha cocinado y está duro como piedra. Eva lo mira:

—Leona, Leona, le dice bromeando, antes, sin duda alguna este huevo habría tenido la misma suerte que un pollo que me presentaron mal guisado en una gran comida de París. Lo tiré contra el espejo.

Y tomando el huevo que le ha traído Leona se lo comió sonriendo.

Setiembre.

Querido señor Cura:

Le agradezco infinito y le ruego disculpe todas las molestias que le he ocasionado con ese famoso paquete; por fin acabo de recibirlo esta mañana. Es cierto que no le he escrito con frecuencia, pero si Ud. viera en este momento nuestra vida aquí, seguramente me perdonaría. Imposible encontrar habitaciones con cocina; todas están construídas para alojar a peregrinos que comen en las pensiones, o si no, se cocina en común, cosa impracticable para nosotras; estamos provisionalmente en una especie de departamento casi sin muebles y lo más incómodo que puede darse; pero estoy buscando en otra parte y espero encontrarlo a mediados de Octubre. Me encuentro sumamente cansada; estos viajes, estas carreras, este cambio de aire, la estrechez de nuestra vida, todo esto agregado a la carga de sufrimientos morales que he traído de Saint Basilemont, son demasiado para no estar extenuada. Pero si he perdido un poco de valor durante los primeros días, ahora me repongo, y luego el abate Andrés que hemos vuelto a ver, y con quien he tenido una larga conversación, me sostiene moralmente, y esto ya es mucho. Dos veces por semana nos envía donde las Madres Auxiliadoras que son muy buenas, y nos instruyen en nuestra religión; todo lo que agregado a las visitas a la

Gruta, si bien da sufrimientos a nuestro cuerpo, trae a nuestra alma mejoría y progreso; y esto es lo esencial, ¿verdad?

Cuánto siento que Ud. se encuentre solo y triste; celebro que Ud. abandone la administración del castillo, y que se dé todo entero al ideal, a lo que es al fin la sola razón de ser y de vivir: darse a Dios y a las almas, sin olvidar las nuestras y administrar los bienes y las viñas del Señor, lo que le producirá mucho más. ¡Oh, sí! estoy verdaderamente feliz por su determinación, y agradezco de todo corazón a Jesús, nuestro único Señor y a la Santísima Virgen María.

Escríbame con frecuencia y cuando pueda, venga aquí a tomar nuevas fuerzas a los pies de Aquella que es nuestra Reina, nuestra Madre querida. Leona está mejor, nuestro pequeño hogar también.

Le envío nuestros más afectuosos recuerdos. Su ahijada.

Eva Lavallière.

Setiembre.

Querido señor Cura:

¡Cuánto tiempo hace que no tengo noticias tuyas! ¿Cómo está Ud.? La última vez que Ud. escribió estaba un tanto deprimido moralmente; pero espero que ya esto habrá pasado y que Dios que ama tanto en Ud. a su fiel servidor, habrá hecho cesar esta prueba; y sin embargo, quien dice prueba, dice amor; en este caso, ¿hay que pedir que cesen las pruebas? Ud. es más competente que yo en este asunto, puesto que es de Ud. de quien lo he aprendido, si bien me acuerdo. Ud. juzgará. Pero que las gracias con que Dios lo quiere favorecer no le hagan olvidar a esta pobre criatura de Dios que soy yo y a quien Ud. ha ayudado a salir del lodo y que le está tan unida y tan profundamente agradecida.

Eva Lavallière.

(Continuará)

Muñequita

(Continuación)

—Todo. Cuando tú y yo nos separamos en París, yo le escribí una carta larguísima en la cual me confesaba con él sinceramente; yo le proponía que guardase el secreto y que nos permitiera continuar nuestras relaciones de aquella manera. A él, a tu abuelo... y a mi padre, les encantó la travesura. Empezaron las negociaciones...

—¿Y por qué me dijiste en París que el príncipe de Neuberg era alto, flaco, serio y hurón y... no recuerdo cuántas cosas más que te desfiguraban por completo?

—Porque me acometió un miedo loco de que me reconocieras.

—¿Cómo había de reconocerte si nunca había visto un retrato tuyo?

—Ahí verás hasta qué punto me aborrecías... —insinuó, burlón.

—¿Y tú? ¿Es que no estabas en el mismo caso?

—Es verdad. Nos detestábamos mutuamente. Es gracioso.

—¿Y aquél retrato con barba y lentes de miope? ¿Eras tú... de veras?

—Yo, yo mismo. Con una peluca y un bigote y una barba postizos. Estaba raro, ¿eh? Imposible reconocerme. Aun hice que el fotógrafo, un artista, pusiera como unas sombras sobre los lentes para que no reconocieras mis ojos.

—¡Tus ojos...! —rezó Perla, quedito, mirando largamente las pupilas violáceas, con embeleso.

—Y para desorientarte más, escogí el traje civil. De todas maneras, si el horror que me tenías te hubiera consentido examinar el retrato con más frecuencia, acaso hubieras encontrado algo familiar en aquella silueta, como encontraste a la primera mirada el parecido con mi primo, el De Nyon...

—También está buen trapisondista tu primo el De Nyon... Se aderezó cada enredo...

—Y ¿adónde dejas a Molesey y a tu abuelo? Ellos se las compusieron de manera que las entrevistas oficiales del príncipe de Neuberg y la princesa de Randchany se llevara a cabo en Nápoles, sin que la princesa se diera cuenta de que obedecían a un plan preparado. Todo el mundo supo que estábamos en Ná-

poles tú y yo: desde los oficiales de la escuadra, mis compañeros, hasta el último lector de cualquier revista ilustrada, porque te advierto que las ardillas de la prensa se lanzaron al reportaje con verdadero frenesí. Y mientras tú te creías amparada por el más riguroso incógnito y vivías calladamente tus horas del amor con el capitán Eric, la prensa mundial lanzaba innumerables fotos de SS. AA. los príncipes de Neuberg y de Randchany, que se entrevistaron en la bella ciudad italiana. Estamos retratados en la Villa Reale, entre los naranjos y las lilas, en el Paseo de la Marina, en la salida de Gil Studi y de Jesu Nuovo y hasta en la gasolinera: yo en el volante y tú a mi lado...

—¡Vaya un bromita! —se echó a reír Perla.

—La Mozaska tenía la consigna rigurosa, y era precisamente para evitar que cualquier periódico te revelase el misterio, de no dejar a tu alcance ningún diario ni revista.

—¡Oh, Carlos Enrique! ¿Y estos días? ¿Tú sabías que venías a mi encuentro?

—Sí, muñequita: yo sabía que venía en busca de mi felicidad.

De nuevo sobreviene el silencio. Esta vez no es hosco y violentísimo, sino comprensivo y amable. El barco se desliza suavemente; lleva a bordo a S. M. el Amor y camina con rumbo a la isla encantada de las Ilusiones. Por el tragaluz de la cámara, entra apenas desvaída y tenue claridad, nuncio de la noche que llega o agonía del día que se extingue. La muñequita es tan completamente feliz que no piensa en lo pasado ni en lo futuro; se adormece en la delicia del presente.

Con la cabeza recostada sobre la manga del uniforme de Carlos Enrique—muy cerca del hombro,—está pensando que él nunca la ha besado. Esto le extraña mucho a Perla, porque sabe que en Neuberg, lo mismo que en Randchany, los prometidos están autorizados por la costumbre para besarse y además le consta que su príncipe es impulsivo y apasionado; ¡oh, sí! ¡Muy apasionado, ya lo creo! Pero al mismo tiempo recuerda que un día le dijo él que no le gustaba tomar las cosas a la fuerza.

¿Entonces?...

Pues, entonces, la princesita se incorpora un poquito... y le mira. En la semiobscuridad se ve muy poco, apenas se precisan los contornos, pero las pupilas del príncipe tienen un fulgor de oro entre las sombras. Y no se sabe cómo—porque esas cosas nunca se saben, que para algo son travesuras del rapacioso ciego—los labios se encuentran, al fin...

Y casi al momento, Perla, asustada, como si hubiera cometido un crimen, aprieta el interruptor de la luz, se iluminan los globos esmerilados del aposento y, en pie, un poco nerviosos y llenos de una candorosa emoción de dicha se contemplan ambos: ella en la exquisita fragilidad de su belleza áurea, entre las gasas verde pálido de su vestido y la discreta fastuosidad de las perlas; él, en la triunfante fortaleza de su juventud, enérgicamente delineada por los austeros trazos de su uniforme de oficial de marina.

—Pero, de veras... ¿tú... eres «tú», Carlos Enrique?—murmura la princesita con un deslumbramiento.

El Príncipe se vuelve hacia la puerta, donde suenan unos discretos golpecitos; la abre por sí mismo y dice, como en respuesta, al ver aparecer en el marco la amable figura de Molesey:

—Puedes preguntárselo a S. E.

Y como la mirada del Ministro es francamente interrogadora, S. A. explica con la mayor franqueza:

—La Princesa, Excelencia, que pone en duda mi identidad.

Molesey se echa a reír con su risa simpática. Parece un muchacho. Realmente es un hombre seductor y Perla comprende... ¡oh, comprendel! ¡Pobre madre suya...! ¡Cómo debió de sufrir para decidirse a renunciar a un hombre como éste! Y una ternura súbita por el Duque invade el corazón de la muñequita. Algún día le contará a Carlos Enrique toda la historia para que pueda apreciar en lo que vale la amistad de semejante hombre.

—Su Alteza sabe perfectamente—sonríe Molesey—que el capitán Eric de Novorog y el príncipe de Neuberg son un solo hombre, y entre otras razones lo sabe porque yo la he conducido hacia V. A...

—¿A ver? No entiendo.

—En cierta ocasión me pidió S. A. que la condujera hasta la única y verdadera felicidad que se puede gozar aquí, en la tierra. Y yo le dije en respuesta... «que la conduciría hasta el príncipe de Neuberg. Porque yo sabía que S. A. Amaba a Eric de Novorog y éste era precisamente el príncipe Carlos Enrique de Neuberg. Y en el hombre amado es donde está, para una mujer como S. A., la felicidad más grande de este mundo.

La Princesa se coge cariñosamente al brazo de S. E., y se reclina un poco contra él, mientras el Príncipe estrecha sin palabras las manos del Ministro.

—¿Y V. E.?—pregunta Perla, alzando hacia él el cielo de sus ojos.—¡Yo quisiera tanto que V. E. fuese también dichoso...!

—¿Por qué no se casa V. E.—insinúa el Príncipe.

—Ya soy viejo.

—No—asegura Carlos Enrique.—Los hombres como V. E. no son nunca viejos. A más de que V. E. parece un muchacho.

—Y yo sé de muchas jóvenes, muy lindas por cierto, que han perdido el sueño por él y que, seguramente, le prefieren a todos los oficiales nobles de la Guardia—agrega Perla.

—Ya hablaremos de eso más adelante, Alteza—dice Molesey.—Quizá me decida... Por ahora, haremos mejor en vestirnos para la comida a la cual ha de asistir la oficialidad de los dos cruceros.

* * *

Hay luna en los celestes ámbitos, luna nueva, vergonzosa y pálida... Del salón suben acordes musicales arrancados al piano por manos expertas. Suena un dulcísimo violín. En la quietud de la noche y en la soberanía del silencio se diluyen las armonías. Cuando el piano y el violín enmudecen, llega hasta la popa el coro a media voz de los marineros cantando una de esas canciones ingenuas y un poco melancólicas del País de Gales.

Apoyados contra la borda, están Perla y Carlos Enrique, tan juntos, tan hundidos en el lago azul de su idilio, que el Comandante que ha subido al puente unos minutos, sonríe con sonrisa paternal. Entre ellos se ha tendido el perro de a bordo. Esta noche no le gruñe a Carlos Enrique.

El crucero avanza majestuoso, elegante, veloz, con una dignidad solemne; se diría que

su alma de acero siente el orgullo de llevar a través de los mares a S. M. el Amor...

No es acontecimiento que sucede todos los días.

* * *

Se han casado en Randchany con toda la solemnidad que el protocolo impone en las bodas de los príncipes reales. La novia era como el sueño de un poeta, entre las gasas, los tules y los encajes de su traje nupcial. Llevaba al brazo un haz de azucenas perfumadas y tenía una sonrisa tan jubilosa y una expresión tal de felicidad que el pueblo se sintió contagiado de esa dicha y aclamó entusiásticamente a su rubia princesa, a su viejo soberano y al guapo novio que había venido a llevarse a la Perla de la Corte.

Todos los oficiales de la Guardia se sintieron ese día celosos del príncipe de Neuberg. Y muchos otros que no eran oficiales de la Guardia, también. En cambio, muchas damas románticas de la Corte suspiraron a sus solas por el gallardo príncipe Carlos Enrique; pero éste no tenía ojos más que para su mujercita. Y toda la corte lo sabía, pues Molesey y la Mozaska habían referido la historia de los amores del capitán Eric de Novorog con la princesa de Randchany.

Después de unas fiestas fastuosas, como no se recordaban otras, los recién casados salieron de viaje, como cualquiera otra pareja de novios. Primero estuvieron en la Corte de Neuberg, donde el Rey quedó prendado de su nuera, como no podía suceder de otro modo, y donde el pueblo aclamó a la princesita, sencilla y amable, que al salir de la Catedral de San Cipriano repartió democráticamente sonrisas y apretones de manos a la gente de la popular barriada que había acudido a verla salir. Su abuelo había profetizado bien: Perla sería una reina muy querida.

Y Carlos Enrique lo sentía también igual y se desvanecía de orgullo. Después visitaron al anciano rey de Vania y cumplidas estas visitas de reglamento, el príncipe hizo una calaverada de muchacho que encantó a Perla. Despidió al séquito, excepción de su ayudante, el Marqués de Boyne (Rettudocos) y con la sola compañía de Lucette y de un ayuda de cámara, emprendieron el viaje a París. Iban en dos automóviles. Conducía el primero el príncipe, con Perla a su lado. ¡Solos, iban solos! Boyne conocía bastante a Carlos Enrique para saber que le complacería mucho

que el otro coche fuese a cincuenta o sesenta kilómetros a la zaga.

Así, Perla y Carlos Enrique experimentaban una deliciosa sensación de libertad. Los «turistas» o los viajeros que se cruzaban con ellos, quedábanse mirando el estupendo coche, pero no podían sospechar que el muchacho alegre que conducía la chiquilla rubia que se sentaba a su lado, eran dos altezas reales que estaban haciendo novillos.

En París, lo primerito que hicieron fue ir al Convento. Llegaron allí sin avisar, sorprendiendo a la reverenda Madre superiora que acudió al locutorio sin saber quién le aguardaba.

La Hermana pasó el recado, como Perla le ordenó: una antigua alumna con su esposo. Lo primero que hicieron fue visitar la capilla, donde uno y otra se sintieron emocionados al recordar aquellas tardes del Mes de María. Después, a instancias de Perla, la Madre Superiora condújeles al coro. Y se arrodillaron los dos delante del Cristo dolorido, trágico, que había presenciado su triste entrevista, el Cristo agonizante en el cual Perla encontró «la fortaleza que le faltaba»...

Luego pasaron a los salones de estudio. Las colegialas, en los bancos, la inspectora en la tarima, el zumbido de abeja en el ambiente, todo era evocador para la princesa... Perla saludó a sus atónitas compañeras, embobadas, deslumbradas... Aquella noche, las cabecitas locas, soñaron con Carlos Enrique, y durante dos o tres días, el zumbido de colmenar no se oyó en el salón de las mayores; reflexionaban, soñaban, componían una linda novela con el príncipe de Neuberg por protagonista. El paso del amor las había dejado aturridas.

Otra tarde fueron solos, en automóvil, al castillo de Deuze. Dieron una propina al portero para que les dejase entrar y peregrinaron, evocando recuerdos, por el magnífico Parque. Allí estuvo la tienda de cerámica, donde la loca Lilian quiso jugarle a la muñequita tan mala pasada; ésa fue la explanada donde los dos bailaron su primer vals; más allá estaba el embarcadero, el río y el bote donde se embarcaron... Volvieron a embarcarse, como aquel día. Carlos Enrique remaba y Perla llevaba el timón y, como entonces, había adelfas y lilas, juncos y otras matojas o flores de loto como barquitos color de rosa flotando en los remansos plácidos y cristalinos.

(Continuará)

A María

Por POLEARCO RODRIGUEZ ARRIETA

*En el milagro de tu faz serena
hay algo que te agobia, Madre mía:
es una nube de melancolía
que empaña tu semblante de azucena.*

*No quiero recordar aquella escena
cuando quedó tu alma tan sombría,
que hasta el mismo Universo parecía
llorar contigo tu angustiada pena.*

*En el Gólgota triste, tu figura
era como una gélida escultura
tallada en el silencio del vacío.*

*Y sólo en esa tarde, casi muerto
se oyó temblar tu corazón desierto
como tiembla una flor muerta de frío...*

*El vórtice implacable de los años
oscurecer tu amor nunca ha podido;
y aunque por la maldad el hombre ha sido
presa infeliz de tantos desengaños,*

*jamás podrá decir: fueron extraños
tus dolores. Mas bien, arrepentido,
te buscará, surgiendo del olvido
para contarte a solas sus engaños.*

*Y si un mortal quisiera— infausta suerte—
desmentir tu dolor hasta la muerte
con un delirio de tenaz porfía,*

*el mar, el cielo, el bosque, hasta el infierno
levantarían un clamor eterno
trocando en santa orquestación... MARIA!*

*Eres la luz que traza blanca huella
al peregrino soñador que mira
el firmamento undívago y suspira
dejando levantar una querella.*

*Eres la Madre universal, la bella
Musa que al bardo su canción inspira;
el náufrago en el mar, al fin suspira
cuando te ve asomar como una estrella.*

*Al desdichado huérfano que, triste
queda cuando su madre ya no existe,
le das una mirada de ternura.*

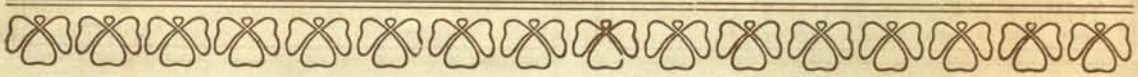
*Y el mundo que en la flor de una sonrisa
esconde ese dolor en que agoniza,
reconoce al mirarte... su locura!*

*Despierta corazón. Sal de tu arcano
preñado de imposibles que me aterra;
ante el cuerpo del Mal, los ojos cierra
si no quieres pasar como un profano.*

*Despierta corazón. El sobrehumano
amor que el alma de María encierra,
es luz entre las sombras de la tierra
y bálsamo en la herida del cristiano.*

*Llama a la humanidad. Están abiertas
del santuario de Dios las amplias puertas
en donde amor purísimo se aspira.*

*Enciende con las almas fuego santo,
deposita una lágrima en el canto
y una nota de júbilo en la lira!*



¿DONDE ESTA LA SALVACION?

Jesucristo, manifestándose al mundo en esta última edad, no viene ya del Tabor, sino del Calvario; y nos presenta al Corazón para decirnos que nos ama, pero lo presenta con la cruz, como repitiéndonos que sin la cruz no nos salvaremos. La sociedad moderna es una sociedad envejecida y decadente. En medio de tanto progreso material, los pueblos gimen y las clases sociales se temen y se odian mutuamente: el presente causa dolor,

el porvenir produce pavor. El soplo del egoísmo pasa sobre nosotros como el viento del desierto, secando los corazones, ahogando las almas e impidiendo toda energía de espíritu cristiano. Pues ¿qué otro remedio hay para una enfermedad tan grave, sino precisamente el espíritu de sacrificio, es decir, aquel espíritu que Jesucristo trajo al mundo, y que ahora nos recuerda y nos inculca presentándonos su Corazón con la cruz?

Para los Padres de Familia, Maestros y Catequistas:

Catecismo de la Doctrina Cristiana

del Ilmo. Señor don BERNARDO AUGUSTO THIEL,
Obispo que fue de Costa Rica

NUEVA EDICION POPULAR Y ECONOMICA

Precio: ₡ 0.30 el ejemplar - ₡ 3.00 la docena - ₡ 20.00 el ciento

LIBRERIA LEHMANN & CIA.

SAN JOSE, C. R.

Gmo. NIEHAUS & Co.

DEPOSITO PERMANENTE DE

AZUCAR de Grecia, Hacienda «VICTORIA».

> de Santa Ana, Hacienda «LINDORA».

> de Turrialba, Hacienda «ARAGON».

ARROZ de Santa Ana, el mejor elaborado.

ALMIDON, marca «Rosales», Hacienda «PORO».

Calidades insuperables - Precios sin competencia

Al por mayor — Al por menor

APARTADO 498 - TELEFONO 2131

COCINAS ELECTRICAS

THERMA

EXHIBIMOS ULTIMO MODELO

FERRETERIA

Clemente Rodríguez Hijos

Teléfono 2073

CLINICA DENTAL

Dr. PERCY FISCHER Dentista Americano

DE LA UNIVERSIDAD DE HARVARD

Ofrece al público métodos modernos
en sus servicios profesionales

Rayos X, Dentaduras de Hecolite, material
nuevo que imita el color natural de las encías.

Teléfono 3105 - 25 v. al N. del Carmen

Use bombillos

EDISON MAZDA

The Costa Rica Electric Light
& Traction Co., Ltd.

Departamento Comercial
Distribuidores

Inculque a sus hijos la buena costumbre del

AHORRO

El Banco Internacional de Costa Rica

cooperará en ello mediante el servicio de su

SECCION DE AHORROS

que pone a la disposición de usted.